

Lunes Santo

Respondamos al amor de Dios

Juan 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, Jesús volvió a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado.

Allí le prepararon una cena: Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María, tomando una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, ungió con él los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se impregnó con la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dijo: "¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Dijo esto, no porque se interesaba por los pobres, sino porque era ladrón y, como estaba encargado de la bolsa común, robaba lo que se ponía en ella.

Jesús le respondió: "Déjala. Ella tenía reservado este perfume para el día de mi sepultura. A los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre".

Entre tanto, una gran multitud de judíos se enteró de que Jesús estaba allí, y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado.

Entonces los sumos sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos se apartaban de ellos y creían en Jesús, a causa de él.

Estos días vamos a encontrar unos contrastes muy fuertes en las lecturas. Al contemplarlas, descubro el deseo de la Iglesia de consolar y de acompañar con amor a su Señor, que se dispone para su Pasión y muerte.

Hoy escuchamos una suave melodía y palabras de ánimo para avivar en la conciencia de Jesús el recuerdo de que es amado de Dios. "Miren a mi siervo, a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu".

Paradójicamente, el recuerdo de las profecías entrañables surge en los momentos más duros. Y se suma también el salmista para afianzar en la memoria del Siervo la certeza de que no está solo. "El Señor es la defensa de mi vida ¿Quién me hará temblar? (Sal 26).

Sobre todo la escena de Betania, colocada cronológicamente seis días antes de la Pascua, da realismo a los pasos de la vida de Jesús, antes de padecer.

¡Cómo se agradece tener un lugar donde, sin que te pregunten nada, ni tengas que demostrar nada, te reciban, te quieran, te acompañen! La elección del pasaje de Betania y la cena que le ofrecen los amigos a Jesús no son casuales en la revelación evangélica. La fidelidad necesita apoyarse en la fuerza que presta el amor. "Allí le ofrecieron una cena: Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María toma una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, y le ungió a Jesús los pies".

¿Con qué gesto de amor voy a acompañar estos días a quien se entrega por mí?

Jesús, sorprendentemente, para que los discípulos se sientan queridos y puedan mantenerse fuertes, les dará una cena y les lavará los pies. Es lo mismo que Él recibió en Betania, y que tanto bien le hizo. La casa de Marta y María es una referencia necesaria en la vida del Maestro.

La Iglesia, al brindarnos la contemplación del pasaje, intenta ser como María de Betania con su Señor. Pero lo que no imaginábamos es que el mismo Señor va a ser quien nos invite a la cena y, puesto a nuestros pies, nos los lavará, para que, como dice el salmista: "si me declaran la guerra, me siento tranquilo. Él me protegerá en su tienda el día del peligro".

Jesús agradece los gestos, defiende a quienes se los ofrecen, se deja amar, y manifiesta su naturaleza humana menesterosa de amistad. Él nos dirá: "Ya no os llamo siervos, sois mis amigos".

Iniciemos los días santos con gestos de amor.

Angel Moreno